Profanaciones, ataques e incendios de Iglesias Católicas en la Argentina

En el 60 aniversario de la quema de las Iglesias (16 de junio de 1955)

El mayor ataque a las Iglesias católicas en la Argentina es el que sucedió hace 60 años, en 1955. El 16 de junio de 1955, en un intento de derrocar al general Perón, aviones de la Marina bombardearon la Plaza de Mayo. Esa noche, acentuando el conflicto entre el gobierno y la jerarquía de la Iglesia Católica, numerosos manifestantes incendiaron distintos templos porteños. Sin embargo, estos hechos habían sucedido antes en la historia y, lamentablemente, volvieron a suceder después.

Al cumplirse el 60 aniversario de estos tristísimos acontecimientos de la historia argentina, en Buenos Aires se realizarán actos de desagravio con la procesión y visita de las Iglesias históricas (18 hs. desde San Miguel, Mitre 886). En San Rafael el martes 16 de junio se celebrará la Santa Misa a las 20 hs. en la Parroquia de la Divina Misericordia (Sobremonte 1500) como acto de reparación y desagravio.

Profanaciones

Aunque la Argentina no ha padecido una guerra civil por motivos religiosos, al modo de la mexicana o la española, sin embargo sí lleva sufriendo una larguísima "guerra" por tales motivos compuesta de breves batallas que se han ido sucediendo lo largo de toda su historia. Todos recordarán,



seguramente, el ataque que sufrió en la Argentina el histórico templo de San Ignacio de la ciudad de Buenos Aires, el pasado año 2013, por un grupo de alumnos que había tomado el Colegio Nacional. Se trata del templo más antiguo de la ciudad, que además es patrimonio histórico y cultural, pero por sobre toda otra consideración es uno de los lugares en que nuestro Señor Jesucristo está presente "real y sustancialmente" en el Sagrario.



Lo que sucedió allí fue muy grave. Mucho más grave de lo que dijeron los medios. Los atacantes fueron alrededor de 30 jóvenes de una agrupación anarquista. Además de los destrozos e incendio (en realidad parece que querían crear un incendio mayúsculo pero no lograron concretarlo), lo más grave fue la profanación del altar: orinaron, defecaron, vomitaron y tuvieron relaciones sexuales en el altar símbolo de Nuestro Señor Jesucristo. Esto sucedió en setiembre de 2013.

Lo sucedido en la Iglesia de San Ignacio no fue algo aislado sino más bien parte de un plan: 24/09 profanación en San Ignacio, 26/09 intento de ataque en Catedral de La Plata, 27/09 intento de ataque en Catedral de Buenos Aires, 29/10 profanación en Catedral de Mar del Plata, listado al que hay que sumar las atrocidades que cometen anualmente las mujeres llamadas "Autoconvocadas" en sus encuentros anuales en cada ciudad de nuestro país.

La historia de los ataques a las Iglesias

La mayor parte de la bibliografía histórica al hablar de nuestra Guerra Civil entre unitarios y federales durante el siglo XIX, resalta las diferencias jurídico-políticas entre ambos grupos. No era esto lo esencial. La diferencia básica estaba en las profundidades de las convicciones religiosas.

Por eso es que Enrique Díaz Araujo afirma que resulta:

una solemne bobada querer entender el tiempo de la Confederación Argentina a la luz de las

teorías que habían fulgurado en el período anterior, para luego inferir que nuestra "Federación" en nada se parecía al modelo federalista estadounidense. Autores hay que, ayunos de comprensión histórica, creen haber descubierto la piedra filosofal; y así proclaman en alta voz que Godoy Cruz, Sarmiento o Echeverría eran más federales que Quiroga, Rosas o Aldao. Por supuesto que si los miden con el cartabón de la Constitución de Filadelfia, el resultado es el que declaran. No obstante, acá no se trataba de eso, para nada. Acá había una consigna mítica llamada "Federación", respaldada por los autonomismos y localismos provincianos, que deseaba el restablecimiento del principio de autoridad, con la consiguiente estabilidad gubernamental y la paz y el orden públicos, que era fiel a sus creencias religiosas y las costumbres sociales emanadas de tal civilización, y que no transaba con menguas a la soberanía nacional. Ese movimiento político, religioso y nacionalista, auspiciado por las provincias, fue, en concreto, el rotulado "federalismo" argentino. Y tal movimiento opuesto por principio al contractualismo roussoniano de los liberales, tildados de "unitarios", se impuso por un lapso prolongado merced a la enérgica conducción de los caudillos[1].

Es este abismo de creencias es lo que separaba a ambos grupos. Así es que del lado unitario hemos encontrado ignorados testimonios acerca de los saqueos y profanaciones de templos efectuados en La Rioja por los ejércitos unitarios.



En el periódico *Yunque Republicano*, editado en Mendoza en 1829, se hace la comparación entre los que:

> se proclaman los amigos del orden, calificando a sus ilustres antagonistas de secuaces del desorden y de la anarquía. […] En el curso de este artículo veremos, cuáles son los anarquistas, cuáles los humanos, compararemos la conducta de uno y otro ejército, los fines y objetos de operaciones á que tiende cada uno, y los que turbaron esa feliz opinión, que ya había echado raíces en los Argentinos, de proscribir las vías de hecho y adoptar las vías legales. Por ahora basta saber que el ejército de Wandalos [*sic*], que los ladrones, que los fascinerosos, se han conservado en Mendoza, sin salir una cuadra del campo dó se situaron, que no ha habido una sola queja contra el último de los soldados, que se apresuran a obsequiar a un Jefe popular y moderado, y que los amigos del orden y de la moral talan hasta los templos del territorio que pisan[2].

A continuación incluye algunos testimonios tomados de sendas cartas acerca de los saqueos y profanaciones de templos efectuados en La Rioja por los ejércitos unitarios a su

---

[1] DÍAZ ARAUJO, E. *Los Vargas…, Op. cit.*, p. 184.
[2] *El Yunque Republicano*, n. 4, Mendoza, 7 de noviembre 1829, p. 2, col.1-2.

paso en retirada. La primera carta está firmada por el vecino Juan Manuel de la Bega y dirigida al Sr. D. Pablo Carballo, alcalde ordinario interino en Malansan. Allí leemos:

> han saqueado completamente el dicho pueblo sin reservar los templos con tal espresion [*sic*] que la Iglesia de Santo Domingo la saquearon tres días consecutivos los soldados y oficiales. La Matriz, dicen que se reservó para los jefes […] La de San Francisco la saquearon completamente toda la última noche a su retirada y á este tenor todas las demás […] De igual modo, dicen que ha hecho la división que se dirigió a los pueblos allí, y en la costa de Arauco; […] que del mismo modo han arrasado todos los animales de las Estancias, y potreros inmediatos recorriéndolos con partidas[3].

La segunda carta lleva la firma de Nicolás Sotomayor y va dirigida al Sr. Comandante D. Antonio Acosta:

> los estragos que han hecho los enemigos en la Rioja, que no han dejado Templo que no lo han saqueado completamente; las dos custodias de la Matriz también, y todos los intereses y ornamentos que allí existían: por fin, lo que respecta a los Templos, con decirle completamente, le digo todo[4].

En el n. 5 continúa el artículo "Imputaciones" refiriendo que:

> el Pueblo de la Rioja, ha sido saqueado en sus templos, y que ni los miserables andrajos de los pordioseros se han escapado; que el saqueo, ha sido decretado por los jefes, y que hasta los Generales, se habían reservado una Iglesia para botín de ellos". [En nota al pie aclara lo siguiente:] No es extraño porque uno de esos mismos generales, (Ocampo) ya había robado la Catedral de Chuquisaca, en una retirada que hizo nuestro ejército del Perú, y aún existen en Tucumán algunos canapés forrados en el damasco del citado Templo. El canónigo Ureta del mismo país, es una víctima y testigo de la propensión de este general[5].

Años más tarde, en 1841, *El Estandarte Federal* hace referencia a las "calamidades ocasionadas por los unitarios: han robado tesoros del Estado, han arruinado familias, han atrasado las artes y el comercio, no han respetado ni siquiera los altares de Dios "destruidos por su maldita y herética conducta"[6]. Asevera que con justicia han sido denominados *"salvajes unitarios"* pues han dividido la República, con "el furor de sus pasiones", con "el estrepitoso ruido de las armas", sacrificando centenares de ciudadanos "al desenfreno de algunos enemigos de la Patria". Procura hacer una descripción de la desolación en que han quedado tantas familias. Se pregunta "¿Pero, qué podrá esperarse de unos malvados que desconocen la Religión?", para dar respuesta a esto refiere que "por todos los Pueblos donde inmundamente han pisado, ni las Iglesias, ni los ornamentos, ni vasos sagrados han

---

[3] *Ibidem*, p. 2, col. 1.
[4] *Ibidem*, p. 2, col. 2.
[5] *El Yunque Republicano*, n. 5, Mendoza, 10 de diciembre 1829, p. 1, col. 2.
[6] *Estandarte Federal*, Mendoza, 19 de diciembre 1841, n. 2, p. 1, col. 2.

escapado al vicio de sus uñas"[7]. Cuenta entonces acerca de los saqueos y profanaciones llevadas a cabo en San Juan por La Madrid a quien califica de traidor pilón y desnaturalizado salvaje. Relata cómo en la retirada de Lavalle luego de su derrota, al pasar por San Lorenzo y Coronda:

> en estos dos indefensos Pueblos entró y sus ricas Capillas o Templos fueron saqueadas hasta el extremo de no dejar ni un Cáliz ni cosa sagrada algunas: las imágenes, los Santos que se hallaban colocados en lucidos altares han servido de mofa y de irrisión a la brutal torva de forajidos Salvajes Unitarios y llevándolos a sus campamentos. Las familias que residían en estos Pueblos, atemorizadas de tanta herejía huían a ocultarse entre espesos montes abandonando sus casas; estas fueron saqueadas y aquellas que descuidadas estuvieron en huir pensando eran hombres los que acaudillaba el asesino Lavalle, pagaron su credulidad con la violación de sus personas ejecutada por esa turba de monstruos[8].

Relata algo similar acerca de Santa Fe y cómo después de la Batalla de Quebracho "nuestros valientes y cristianos guerreros quitaron porción de vasos sagrados y en el momento se apresuraron a presentarlos a sus respectivos Jefes". Parecido es el relato que hace de la fuga de La Madrid en Córdoba y el saqueo de las Capillas en ésta y cómo se han arrasado las casas particulares, conducta que repite en San Juan. De donde dice robó "un baúl lleno de vasos sagrados, atriles, candeleros, todo de plata &a y en su fuga lo condujo a este Pueblo donde con la mayor desvergüenza y barbaridad, mandó hacer unos estribos y espuelas"[9].

Profanación y quema de las Iglesias el 16 de Junio de 1955

Pero sin lugar a dudas el más tremendo de estos hechos en nuestra historia es el que sucedió hace 60 años, en 1955.

El 16 de junio de 1955, en un intento de derrocar al general Perón, aviones de la Marina bombardearon la Plaza de Mayo. Esa noche, acentuando el conflicto entre el gobierno y la jerarquía de la Iglesia Católica, numerosos manifestantes incendiaron distintos templos porteños.

---

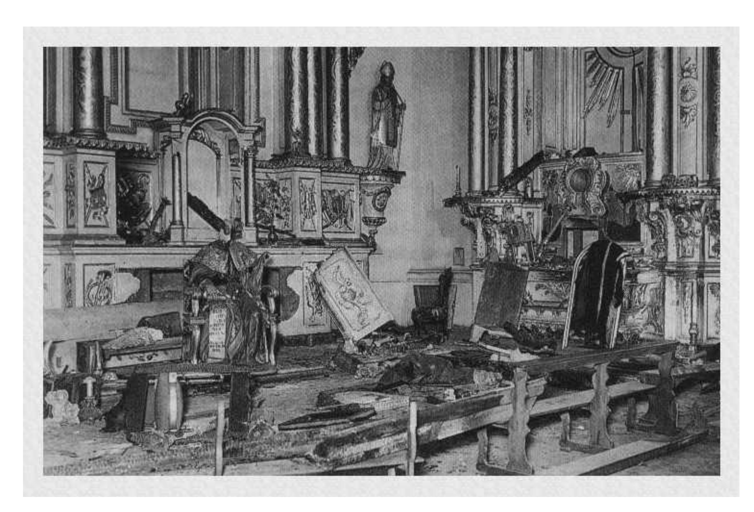
[7] *Ibidem*, p. 2, col 1.

[8] *Ibidem*, p. 2, col. 1. Relatos similares es posible leer en *El Yunque Republicano* n. 4, 7 de noviembre 1829 y n. 5, 10 de diciembre 1829.

[9] *Ibidem*, p. 2, col. 2. El artículo continúa en el nro. 3, 26 de diciembre 1841, p. 1, col 1-2 y en el nro. 4, 2 de enero 1842, p. 1, col. 1-2, p. 2, col. 1.

El Rdo. Padre Aníbal Atilio Röttjer, reconocido historiador, publicó ese mismo año aunque sin mención de autoría un pequeño libro (96 páginas) titulado: "El llanto de las ruinas… La Historia, el Arte y la Religión ultrajados en los templos de Buenos Aires". La obra empieza con frases verdaderamente conmovedoras:

> *Noche triste de los argentinos.*
> *Noche oscura del odio, del sacrilegio, de blasfemia*
> *Noche trágica y siniestra de la destrucción, del saqueo, del incendio… ¡ del pecado!..*
> *Noche de la Pasión de Jesús en Buenos Aires…*
> La Eucaristía pisoteada, los templos saqueados, incendiados, execrados: los sagrarios destrozados, los santos óleos derramados, los altares quemados, destruidos a martillazos; las reliquias de los santos y de los mártires profanadas; las tumbas de los héroes violadas aventadas sus cenizas, desparramados sus huesos; las banderas de la Patria arrancadas, robadas, manchadas, quemadas; las imágenes sagradas mutiladas, decapitadas, deshechas. reducidas a añicos, carbonizadas; los Cristos ultrajados, rotos, quemados; las Vírgenes destrozadas en sus rostros y en sus manos, carbonizadas; los cálices, copones, patenas y ostensorios profanados y robados las piedras aras para el sacrificio de la Misa rotas y sus reliquias profanadas; las vestiduras sacerdotales, el moblaje de las sacristías; los bancos, los misales, atriles, lienzos de los altares y alfombras, destruidos y quemados; los candelabros retorcidos y robados, las alcancías violadas; los ángeles rotos y quemados; los confesonarios destrozados, profanados, incendiados.



Félix Luna recuerda: "Primero fue la Curia, en la Plaza de Mayo, al lado de la Catedral. Forzaron la entrada, rompieron muebles y objetos, volcaron los magníficos archivos de la época colonial, rociaron todo con nafta traída en damajuanas y pegaron fuego a ese caos. [...] después, ellos u otros se dirigieron a San Francisco; al principio no pudieron romper la sólida puerta, y entonces destrozaron e incendiaron la adyacente capilla de San Roque. Cuando lograron entrar a San Francisco hicieron una pira con todos los elementos que podían quemarse y al poco rato las llamas alcanzaron el techo". El templo fue incendiado perdiéndose gran parte de su patrimonio histórico y cultural[10].

[10] *Historias Curiosas de Templos de Buenos Aires*. Editado por la Dirección General Cultos, 2008.

El eximio novelista Manuel Gálvez dedicó una de sus novelas históricas a estos sucesos. La novela lleva por título *Tránsito Guzmán* y en ella afirma coincidentemente con el relato de los franciscanos: "No había conocido Buenos Aires, en sus cuatro siglos de existencia, una tragedia semejante. Doce templos, los más antiguos de la ciudad, situados en los barrios principales fueron saqueados e incendiados por grupos partidarios del Gobierno"[11].

El ataque y quema de uno de los templos: San Francisco

Según testigos oculares, en la tarde de aquel día, a las 18.45 más o menos, mientras por las calles se notaba una gran calma, un grupo de individuos compuesto de unas 25 personas perfectamente equipadas con barretas, mazas de hierro, picos, teas incendiarias, combustible inflamable en abundancia y demás menesteres para el asalto, forzaron rápidamente la sólida verja que resguarda el atrio de San Francisco en la esquina de Alsina y Defensa y se dirigieron en primer término hacia la puerta de la Capilla de San Roque, logrando penetrar en ella después de violentar a mazazos las cuatro hojas de su entrada. Una vez abiertas sus puertas penetraron con furia en su interior, saquearon cuanto encontraron, se revistieron con los ornamentos del culto y comenzaron a sacar afuera imágenes, bancos, ornamentos y cuanto encontraron para arrojarlos a una tremenda hoguera que habían encendido en el mismo atrio… Valiosas reliquias y ornamentos de incalculable valor fueron devorados por la tremenda hoguera.



Incendio de la Basílica de San Francisco (1955)

[11] Gálvez, Manuel. *Tránsito Guzmán*. Buenos Aires, Theoria, 1956, p 197.

Fueron llegando luego otros grupos de estos sicarios, igualmente equipados como los anteriores con carabinas, armas de caño largo y cinturones cargados de proyectiles, dispuestos, por lo visto a conseguir sus propósitos costare lo que costare.

Una vez que lograron sacar lo que quisieron, prendieron fuego a lo que aún estaba en el interior del templo, reduciéndose todo a escombros y cenizas. De la Capilla de San Roque no quedo más que el techo y sus cuatro paredes, nada escapo al voraz incendio.

Con la misma saña y sin pérdida de tiempo derribaron, en la misma forma que en San Roque, la puerta del convento. Irrumpieron por la portería y primer claustro profiriendo gritos y vivas a ciertas organizaciones.



Imagen del altar luego de los sucesos



Otra imagen del Templo luego de la quema

Ya en el interior del claustro que une la portería con la Sacristía, se dirigieron a la Basílica, no sin antes derribar la enorme puerta de la Sacristía. Una vez en el templo comenzaron por iluminarla completamente y continuaron derribando cuantas imágenes encontraron a mano y amontonando bancos, confesonarios y reclinatorios. Encendieron varías hogueras en el centro de la enorme nave, arrojando en las mismas cuanto encontraron a su paso. Espléndidos muebles del culto: sillones, bancos presbiterianos, etc., todo fue presa de las llamas. El artístico y bisecular retablo de la Basílica de San Francisco, hecho con maderas de las antiguas misiones guaraníticas y labrado en Río de Janeiro por ebanistas portugueses no escapó al vandálico asalto. Abrió como una tea el precioso retablo con sus imágenes y molduras. Solamente quedaron: una columna salomónica carbonizada, un trozo de la talla de San Francisco y el basamento del retablo y altar mayor que eran de material.
Ni siquiera los sarcófagos fueron respetados por estos modernos bárbaros. El sarcófago que guardaba los restos de dos ilustrísimos Obispos de Buenos Aires, Fray Gabriel Arregui y Fray Juan Arregui, Franciscanos y hermanos carnales los dos, fue profanado y esparcidas sus cenizas. Nada quedó de estos beneméritos prelados que costearon hace siglos la fábrica del histórico templo.

Incendio del retablo neobarroco bávaro



Tampoco fue respetada la tumba del gran evangelizador del Paraguay, Fray Luis de Bolaños. Sus cenizas quedaron, pero el busto que coronaba su sarcófago fue derribado y de un mazazo, separada su cabeza de su artística efigie. Aquel varón extraordinario que fuera respetado por los indios, en paradójica comparación, no lo fue por estos nuevos salvajes en el silencio de su tumba tres veces secular.

La puerta cancel de la Basílica quedó en estado completamente ruinoso. La imagen de San Diego fue derribada de su altar y quemada en el atrio del templo. El famoso órgano de San Francisco; el segundo de Buenos Aires por el número de sus registros, sufrió enormemente. Este no fue incendiado, pero la elevada temperatura producida por el incendio derritió completamente su tubería metálica, resistiéndose notablemente sus tubos de madera. Prácticamente quedo arruinado.

Los artísticos cuadros que decoraban el magnífico templo, obra del famoso pintor J. Borell Plá, desaparecieron totalmente carbonizados.

La enorme cúpula de la Basílica, obra del arquitecto Sackman, comenzada en enero de 1907, fue incendiada hasta tal punto que no quedó de ella más que su espléndido armazón de hierro, completamente retorcido, pudiéndose observar el firmamento desde el interior del templo.

Igual suerte corrió el techo a dos aguas de la Basílica, colocado sobre la antigua bóveda. Las llamas retorcieron las cabreadas de hierro logrando reducir a cenizas todo el resto de su armazón.

Las sillerías del coro quedaron intactas, como también las torres de la Basílica.



Otra imagen de la destrucción de la Basílica

Se salvó de igual manera la Capilla del Santísimo, aún cuando fuera arrancada la puerta del Sagrario que apareció abandonada y quemada en la nave central. El Santísimo no fue profanado por haberlo retirado con tiempo un sacerdote de la Comunidad.
En cambio no escapó al ensañamiento de las fieras la suntuosa sacristía, cuya talla, cajonería y ornamentación, terminada con esquicio arte, fue reducida a cenizas y escombros. Ornamentos, vasos sagrados, artísticas arañas, mesas centrales de mármol, aguamanil, etc., etc., todas piezas de inmenso valor, fueron sepultadas ignominiosamente bajo los escombros. En una palabra, el enorme recinto de la sacristía quedó convertido en

un inmenso salón. La sobria y elegante estantería, obra de Julio Kortkamp, guardaba preciosos tesoros que ya no podrán recuperarse.

También fueron destruidos por el incendio el famoso relicario del templo, como los depósitos de artefactos (candelabros, imágenes, cortinas, etc.). Corrió igual suerte el altar portátil que en sus correrías apostólicas usaba San Francisco Solano, Apóstol de Tucumán

Más, si de la Basílica pasamos a los claustros conventuales, encontramos en ellos terrible desolación y ruinas. Las manos sacrílegas y arteras de los asaltantes compuesta por más de setenta hombres, perfectamente organizados y diestramente dirigidos, no respetaron tampoco la paz y soledad de los seculares claustros franciscanos, logrando incendiar la planta baja del patio principal del Convento.



Incendio del Convento

Fueron objetos de sus furias la sala capitular, donde se guardaba un célebre cuadro de la Resurrección del Señor, de incalculable valor artístico, la sala guardianal, la ropería, la sala de recreaciones, el salón de lecturas y otras dependencias anexas, lugares que fueron al mismo tiempo saqueados. Tan sólo quien haya visitado tanto la Basílica como el histórico Convento podrá darse una idea exacta de la magnitud del sacrílego siniestro, que lleno de indignación a cuantos lo han visto, pues todo ello no significa sino un imborrable baldón contra el sentimiento cristiano del pueblo argentino.

Y los Religiosos Franciscanos, que tanto bien habían hecho a la sociedad y pueblo de Buenos Aires, dónde estaban durante los sucesos del 16 de junio. Como una paradoja de la vida, mientras los salvajes asaltaban estos monumentos históricos, los Religiosos estaban recogidos en piadosa oración en el Oratorio interno del primer piso, rezando las horas canónicas. Un aviso oportuno del Hermano portero puso a salvo a la Comunidad compuesta de ocho sacerdotes y tres hermanos. Todos los cuales, juntamente con el

personal de la casa, lograron escapar de las furias de esta turba envenenada. Por fortuna no hubieron de lamentarse desgracias personales.

En la noche del 16 de junio, San Francisco juntamente con 7 iglesias de Buenos Aires, ofrecían el más triste de los espectáculos que haya contemplado nuestra historia patria.

Reliquias veneradas de la argentinidad fueron impunemente sacrificadas sin ningún resultado práctico ni justificado[12]

La novela de Gálvez está centrada en el ataque sufrido por la Iglesia de San Francisco. Al comenzar la novela, nos cuenta Gálvez que Tránsito Guzmán sentía por aquel barrio de Monserrat en Buenos Aires "una veintena de manzanas que rodean a los viejos templos de Santo Domingo y San Francisco, un apegado y familiar amor"[13]. Tránsito amaba lo tradicional y sobre todo, el Templo de San Francisco. Sus amigos, escribe el novelista, eran San Francisco, San Ignacio, San Benito, aquellas imágenes de los altares del templo. "El Cristo Crucificado, imagen de gran tamaño colocada frente al púlpito, no era un amigo para tránsito sino un padre. Muchas veces, de rodillas ante la imagen había clamado sus inquietudes y sus angustias. ¡Qué rostro divino, apacible, manso, elocuente de infinito amor y de paciencia sublime![14].

La novela transcurre en aquellos tremendos días de mediados de 1955. Recrea el clima político de aquella división inconciliable entre peronistas y antiperonistas. El control de la opinión pública por parte del gobierno del Gral. Juan Domingo Perón. Las voces opositoras silenciadas en los medios. Las formas que adquieren entonces las voces opositoras a través de panfletos anónimos impresos en clandestinas imprentas caseras. Y la escalada de violencia que va cobrando dimensiones cada vez mayores hasta llegar a los terribles sucesos del bombardeo en Plaza de Mayo efectuado por aviones de la aeronáutica dependiente de la Marina, al mediodía del 16 de junio y el saqueo, profanación y quema de las iglesias durante la noche de aquél mismo fatídico día.

Así relata cuando Tránsito decide, ante los sucesos que están ocurriendo esa noche, dirigirse a su querido templo de San Francisco. No se atrevía a entrar pensando en lo que encontraría al hacerlo. Hasta que "reuniendo fuerzas y pidiendo a Dios ayuda se decidió a

---

[12] http://www.complejofranciscano.com.ar
[13] *Ibidem*, p. 23.
[14] *Ibidem*, p. 25.

entrar, e iba a hacerlo en el instante que un grupo salía llevando copones, crucifijos pequeños, casullas…”[15]

Al entrar vio primero el montón de bancos que ardían.

> *Cinco o seis metros de ancho y tres o más de altura. También ardían varios altares laterales. Algunos forajidos rompían o degollaban imágenes de santos, pero respetaban —¡cosa extraña!— las de la Virgen. Las humaredas de los incendios apenas dejaban ver el altar mayor. Tránsito, antes de avanzar, se fue a un rincón y allí cayó de rodillas. Lloró un rato. Por suerte no pasaban los incendiarios. Al levantarse, los vio frente al altar mayor, que iba quemándose. Por la puerta de Defensa. Algunos ladrones se llevaban cosas de valor[16].*

En medio de la impotencia al ver tanta destrucción y saqueo ocurre el episodio central de la novela

> *Tránsito vio cómo algunos sacaban del pedestal, con su cruz de tres metros al Cristo que ella tanto amaba. Debía pesar mucho porque los sacrílegos llamaban a otros en su ayuda. ¡Se lo llevaban a la calle, para hacerle quién sabe qué fechorías! (...) Resuelta a dar su vida para salvarla, salió a la calle. No por la puerta de Defensa, que utilizaban los delincuentes, sino exponiéndose a que el fuego la alcanzara, por la puerta principal. (...) Entonces, Tránsito vio, enfrente, en la acera, el gran Crucifijo. Estaba debajo de la luminaria. Lo habían tenido recostado a la pared y ahora intentaban moverle. Tránsito, desesperada, oyó estas frases que los últimos malhechores de la columna en marcha dirigían a la imagen del Señor:*
> *—Si sos Dios, Bajá de la Cruz y hacé que acabe todo esto.*
> *—Y que nos quedemos muertos… ¡si es que podés!*
> *A Tránsito le corrían las lágrimas por las mejillas. Una mujer le preguntó, agresivamente:*
> *—¿Por qué llora? ¿Es de miedo?*
> *Sin moverse, sin mirar a la mujer, con los ojos en el Crucifijo, Tránsito le contestó:*
> *—Lloro al oír tantas blasfemias, al ver las infamias que cometen contra Cristo, que murió por nosotros para salvarnos. (...)*
> *Tránsito permaneció en éxtasis ante el Cristo. Le vio las manos rotas, y una especie de corriente eléctrica la estremeció. El Crucifijo estaba rodeado por ocho o diez criminales. ¿Pretendían quemarlo? ¿O llevarlo en su procesión grotesca? A Tránsito le obsesionaban las manos rotas del Cristo. (...) Súbitamente, adoptó una resolución heroica. ¿La matarían? No le importaba. Ella quería salvar al Cristo que tanto amaba.*
> *—¿Por qué hacen eso? —gritó con todas sus fuerzas—. ¿Qué les ha hecho Jesucristo? ¿Por qué lo persiguen?*
> *Y sin mirar a los que la rodeaban, con los ojos puestos en el Crucifijo, atropelló violentamente por entre los que de él la separaban y lo estrechó con todas sus fuerzas, sollozando y besándolo. Y así se estuvo, sin que nadie se atreviese a apartarla[17].*

---

[15] *Ibidem*, p. 189.
[16] *Ibidem*, p. 190.
[17]*Ibidem*, p. 192-193.

El novelista termina el parágrafo haciendo referencia a la "vanguardia de la grotesca y sacrílega comparsa" que iba llegando a Santo Domingo con sus antorchas incendiarias, sus vociferaciones, sus cantos, sus brincos salvajes y sus blasfemias.

Relata luego, cuando fray Deodoro Amores, uno de los franciscanos del Convento, sobrino de Tránsito Guzmán, sale de la capilla en que rezaban los frailes para ver las consecuencias del desastre. El fraile va recorriendo el Convento, la capilla de San Roque, la Basílica viendo la desolación y destrucción que reinan por todas partes

> *Cuando miró a la otra acera. Había allí, ahora, sólo diez o doce personas. Pero ¿no era ése el Crucifijo que él creyó quemado? Una mujer estaba abrazada a la imagen y los demás la miraban silenciosamente. Debían ser curiosos. Los incendiarios saqueaban y quemaban Santo Domingo: desde junto al Cristo se oían los chillidos de la grosera antruejada.*
> *Iba a colocarse entre los curiosos, cuando creyó reconocer a la valiente cristiana que se abrazaba al Crucifijo. Se acercó, la miró. Por fin, tocándole un brazo, le dijo:*
> *—Tránsito ...*
> *Ella se volvió. Tenía el rostro en lágrimas. Fray Deodoro lloraba también.*
> *—¡Deodoro!*
> *Y ambos se abrazaron confundiendo cada uno su dolor con el del otro, y, luego, abrazaron juntos al Cristo*[18].

Así relata el novelista lo que sabemos, por su propio testimonio que fue un hecho real. El novelista ha cambiado los nombres y ha recreado los diálogos y en esto obviamente ha intervenido la fantasía literaria. Sin embargo, el hecho es histórico. La imagen fue salvada por el amor y la valentía de aquella ignota mujer. Esa imagen que hoy la Providencia divina quiso que veneremos en nuestro templo sanrafaelino dedicado al Cristo de la Divina Misericordia.

Los caminos de Dios son insondables así es como un suceso trágico de la historia nacional, como fue la quema de las iglesias aquella fatídica noche del 16 de junio de 1955, se vincula con la historia de esta hermosa imagen que hoy preside la Iglesia Parroquial de la Divina Misericordia. Gálvez, por medio de la literatura, nos ha permitido contemplar de manera vívida cómo la imagen pudo salvarse de la destrucción por el coraje de aquella mujer que arriesgó su vida para evitar que destruyeran al Cristo.

---

[18] *Ibidem*, p. 196-197.

Los designios de la Providencia han querido que hoy esta hermosa representación de Nuestro Señor Jesucristo esté en San Rafael. Conocer mejor la historia de esta imagen nos hará seguramente valorarla con nuevos ojos y ver en ella un testimonio del arrojo y la decisión que hoy Nuestro Señor reclama de nosotros para defender los tesoros de la fe.

¡Viva Cristo Rey!